

*Carriego y Otras inquisiciones*, para poner de manifiesto el paso de Borges a la universalidad.

En su comentario a *Ficciones*, *Historia universal de la infamia* y *El Aleph*, centra su atención en el Borges narrador para matizarnos cómo el autor está dentro de la literatura fantástica argentina de la que Borges considera iniciador a L. Lugones. Dentro de este capítulo (el V) hay que resaltar el análisis que Cro nos ofrece de un pasaje borgiano para poner de manifiesto la intensidad expresiva de su prosa (págs. 133 y sigs.).

El capítulo VI lo dedica al comentario de la poesía «ritrovata» del *Hacedor al Otro, el mismo*, señalando lo que uno y otro supone, más aquello que queda apresado en el verso intencionado y lleno de cultura del poeta argentino.

Con la revisión de la obra en colaboración (cap. VII) y tres interesantes entrevistas con Borges cierra Stelio Cro su libro. Un libro importante y práctico con el que nos pone al alcance de lectores atentos el comentario vivido de la obra del más preclaro creador argentino en la actualidad —con el perdón de algunos—. Y un libro que con humildad, pero con firmeza ya se apiña entre la bibliografía borgiana, porque el calor de la lectura caldeada en el tiempo es en él un grito.

L. PÉREZ BLANCO

SACOTO, Antonio: *El indio en el ensayo de la América española*. Las Américas Publ. Co., Nueva York, 1971; 161 págs.

Esta obra del autor ecuatoriano presenta el variado parecer que sobre los indios se había difundido tanto en los países mestizos como en los criollos durante los siglos XIX y XX. Es resultado de una extensa investigación literaria sobre una temática relativamente poco divulgada. Las novelas indigenistas son ahora más numerosas que los ensayos al respecto, siendo ambos géneros literarios superados por las respectivas pesquisas antropológicas, lamentablemente, restringidas a los especialistas. Poca atención se presta al indígena en la arena pública y aún menos se hace en su favor. Por eso, cualquier voz sobre el problema indígena en nuestra América merece atención.

Tal es el estudio del doctor Sacoto, quien recoge las opiniones al respecto de conocidos ensayistas del Ecuador, México, Perú, Argentina y Cuba. Como se podía esperar, dichas opiniones varían en su juicio de acuerdo con la actitud mental no sólo de los autores, sino también del sentir popular de sus respectivos ambientes. La postura psicoafectiva de la mayoría étnica es la que, en general, moldea su posición hacia la minoría racial o nacional cualquiera. También hay criterios individuales que a veces se oponen a los intereses humanos de sus propias sociedades, aun cuando estén disfrazados al igual que los mismos prejuicios interraciales. Esto lo afirma imparcialmente el estudio de Sacoto.

El escritor argentino Domingo F. Sarmiento abiertamente se pronunció en contra de los indios al igual que a los amestizados gauchos, porque los consideraba un elemento negativo en la vida de la incipiente nación rioplatense. Debido a su orientación europeísta-norteamericana, los indios no encajaban en la estructura socioeconómica de la Argentina de entonces. Este factor decidió en la completa supresión indígena de la civilización argentina. Es curioso que su compatriota Ricardo Rojas, en su ensayo *Eurindia* se ufana, sin justifica-

ción, que la Argentina era el centro etnográfico de la mezcla europeo-india... Un misterio literario.

Las ideas opuestas a las sarmentinas las manifiestan los ensayistas peruanos Manuel González Prada y José Carlos Mariátegui. González Prada fue un defensor sincero de la causa indígena y le dedicó muchas páginas en sus escritos. Conocer profundo de la idiosincrasia latinoamericana, él dudó del mejoramiento de la suerte de los indios por parte de los latifundistas, pero creyó que la educación les permitirá salir de la miseria socioeconómica. González Prada estaba convencido de que «el indio se redimirá merced a su esfuerzo propio, no por la humanización de sus opresores».

Su seguidor ideológico fue Mariátegui, un teórico militante de filiación marxista. Doctrinario acerbo, movilizó considerablemente la opinión pública peruana mediante sus escritos y la revista *Amauta*, pero alcanzó mínimos logros prácticos. Sin embargo, la pauta proindigenista establecida por González Prada y Mariátegui, dio base a una ideología incorporada en el movimiento político Aprista con Maya de la Torre a la cabeza. También inspiró a varias obras, como *Tempestad en los Andes*, de Luis Valcárcel, y *El Cholo y el Perú*, de José Varallanos, siendo uno de sus promotores literarios Luis Alberto Sánchez.

Bellas páginas le dedican al indio José Martí y Alfonso Reyes. Cubano el primero y mexicano el segundo, evocan a los indígenas a base histórica y humanitaria. Vinculan su glorioso pasado procolombiano con su degradación presente. Esta evocación artística de los grandes maestros de pluma tiene mucho valor emocional. La *Visión de Anahuac* alfonsina, de alto vuelo intelectual por sus elementos indigeno-telúricos, conmovió a muchos indigenistas extranjeros. Mientras tanto, los relatos martianos que oscilan entre la loa de las culturas antiguas y la recordación de la triste realidad indígena de hoy, es una noble voz de protesta espiritual.

De carácter algo material son las enunciaciones del mexicano José Vasconcelos y el ecuatoriano Juan Montalvo. El Ulises criollo mexicano, al igual que Sarmiento, despliega una actitud negativa hacia los indios. No ve para ellos otro camino que la asimilación latina. Los tolera como ente social, pero se les opone histórica y culturalmente, aun cuando México sea el centro más importante de las actividades indigenistas de América y donde lo indígena ha sido incorporado a su cultura nacional. Los nombres como Gamio, Garibay, Caso, León-Portilla y Aguirre Beltrán son los que hacen honor a su patria. Paradójicamente, Vasconcelos incluye a los indios en su famosa «raza cósmica», mediante la cual quería perfeccionar la especie humana en las orillas del Amazonas...

Poco constructivas son también las opiniones de Montalvo sobre los indígenas. No los castiga, pero tampoco dice algo bueno de ellos. Denigra el vocablo «indio», lo que hace también con «cholo», «chagra» y «negro», viendo en ellos las características de la barbarie y el vicio. Su calidad de zambo aparentemente influyó en el dualismo psíquico de Montalvo, del cual no supo desprenderse pese a su habilidad literaria. Por fortuna, Ecuador cuenta con algunos importantes escritores de veta indigenista, como Mera, Icaza, Carrión, Mata, Aguilera-Malta y Gonzalo Rubio Orbe.

El estudio de Sacoto es bien organizado. Tiene tono ensayístico-tratadista, es apolítico y pro-indigenista. El único reparo que se podría hacer al autor es que en la segunda parte de su obra habla demasiado de la política inter-

nacional, que poco o nada tiene que ver con la temática indígena. Empero, el extenso fondo social de Hispanoamérica sirve bien y apoya a su tesis. Muy didáctico es el cuadro sobre la composición racial mestizoamericana, aunque parece hoy algo anacrónico. Las conclusiones de Sacoto son bien analizadas y tajantes, por lo cual su obra merece aplauso. Desde las monografías de Concha Meléndez, Aida Cometta Manzoni y María José de Queiroz, nada semejante apareció en los estantes librereros.

EDMUND STEPHEN URBANSKY

VARGAS LLOSA, Mario: *Pantaleón y las visitadoras*. Seix Barral, Barcelona, 1973; 309 págs.

Mario Vargas Llosa, el joven novelista peruano que se abre a la fama en 1962, cuando su primera novela, *La ciudad y los perros*, ganó el Premio Biblioteca Breve y un año más tarde el Premio de la Crítica, sigue su vocación novelística en indiscutible carrera ascendente que le ha llevado a conseguir en poco más de una década premios halagüeños y realmente estimuladores.

La novela que hoy nos ocupa, *Pantaleón y las visitadoras*, publicada en 1973, es un hito más en el camino ascensional del arequipeño. Sin embargo, son grandes los cambios operados en la presentación y en la técnica de esta novela con respecto a su obra anterior. En las novelas precedentes a *Pantaleón y las visitadoras*, Vargas Llosa presenta las características más peculiares de la nueva narrativa hispanoamericana; amalgama las viejas y las nuevas técnicas estilísticas revolucionando la estructura de sus novelas, y llega a transmutar la realidad de su tierra natal en verdadero arte literario. Muchas veces complica la acción de tal forma, que lleva al lector a participar, a sentirse inmerso en la dramática que los mismos personajes representan.

En *Pantaleón y las visitadoras* no ocurre lo mismo. La herencia que Vargas Llosa manifiesta de la literatura norteamericana, en particular de Faulkner, se atenúa en esta novela. Podríamos decir que se aparta un poco, que deja al lado algunas de las nuevas técnicas para presentarnos una novela de clara construcción lineal, integrada más bien por una serie de partes oficiales, cartas, informaciones radiofónicas, reportajes, editoriales, unidos a su vez por capítulos dialogados cuyos elementos narrativos no destruyen nunca la continuidad temporal, si bien hay dos temáticas distintas que alternan yuxtaponiéndose desde el principio hasta el final de la obra.

Si característica de toda su novelística es la ubicación en el Perú, cuya auténtica realidad palpita siempre con fuerza expresiva, en *Pantaleón y las visitadoras* se mueve en el mismo escenario y con ideas muy similares.

Vargas Llosa quiere poner al descubierto los secretos de la corrupción social peruana, y con el colegio Leoncio Prado de la ya mencionada *La ciudad y los perros*, el prostíbulo que fundó don Anselmo en *La casa verde*, de 1965, y el restaurante o, mejor, «la cantina» de *Conversación en La Catedral*, de 1970, consigue una buena parte de su objetivo. En *Pantaleón y las visitadoras* desenmascara también la desmoralización e iniquidad que yace oculta en la región amazónica del Perú.